

"El Liberal", Madrid, 14 enero 1923

COMENTARIO

¿El testamento de Isabel la Católica? Habrá que releerlo. Es decir, ¡no!, habrá que leerlo, pues los más de los que en boca lo toman jamás lo han leído ni lo conocen. Ni falta que les hace ¿Tánger? ¿Tánger, donde sufrió martirio el infante santo portugués, D. Fernando, hijo de D. Juan I. de Portugal? ¿Tánger, que, como Ceuta, civilizaron primero los portugueses? Dejemos historias. ¡Pero no! Vengamos a las historias, que son el comentario vivo a la historia viva, a la que vivimos, a la que hacemos y pasamos, a la que obramos y sufrimos. Sean las historias glosa a la historia.

¿Es que se busca eso como una compensación a la pérdida del dominio americano? ¿Y cómo se perdió éste? Veamos las historias. Fué Santo Domingo la primera tierra americana de algún valor en que ondeó la bandera de Castilla; era en Santo Domingo donde se conservaba lo mejor de la tradición del descubrimiento del Nuevo Mundo. Y fué en 1795, en plena revolución—la francesa, ¡claro está!—cuando lo perdió el reino borbónico de España. ¿Cómo? Los soldados de la Convención, luchando contra los de Carlos IV, habían ocupado parte de Cataluña, Navarra y las provincias vascongadas, las tierras clásicas después de nuestras guerras civiles. Llegó un momento en que Godoy temió; había que salvar la dinastía. El Comité de salud pública de Francia pedía Guipúzcoa y la Luisiana y ofrecía, en cambio, Portugal. (¡Siempre Portugal en danza!) Pero había que conquistarlo; empeño no muy hacedero. Mas al fin Iriarte firmó en Basilea la paz, el 22 de julio de 1795; Francia cedía sus conquistas en Cataluña, Navarra y Guipúzcoa y recibía en trueque la parte española de la isla de Santo Domingo. Así fué el trato del Borbón de España con los que habían descoronado y descabezado al Borbón de Francia.

Aún queda aquí quien pide el Rif, un pie en Marruecos, y que si Cataluña se empeñase en irse la dejemos ir. Aún hay, como se ha dicho, separadores frente a los separatistas. Y es que, sin duda, nuestro porvenir—¿el nuestro?—está en Africa y no en España. Como aquí no hay nada que civilizar...

¡La unidad católica de España!
¡La conquista de Africa! Esa unidad

la hacemos arrancar de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, los Reyes Católicos. ¿Pero tendría razón Maquiavelo? El cual en el capítulo XXI de su Tratado, "El príncipe", trata de las grandes empresas de Fernando el Católico y de sus raros ejemplos. "Al principio de su reinado asaltó Granada, y aquella empresa fué el fundamento de su estado. Primero lo hizo libre de guerra con otros y sin sospecha de ser impedido; tuvo ocupados en ella los ánimos de aquellos barones de Castilla, que pensando en aquella guerra no pensaban en innovar y le valía entre tanto reputación e imperio sobre ellos, que no lo advertían... Además de esto, para poder emprender mayores empresas, sirviéndose siempre de la religión, volvióse a una piadosa crueldad, echando y despojando de judíos a su reino; ni puede ser este ejemplo más miserable ni más raro. Asaltó, bajo esta misma capa, el Africa..." Así Maquiavelo, que suponía que Fernando el Católico, el de Aragón, el que "no predica más que paz y fe, y de una y de otra es enemiguísimo"—lo dice al fin del cap. XVIII—, no hacía lo que hizo sino para evitar la guerra civil en su reino. Mas el pueblo iba por otros oscuros presentimientos. ¿Hasta el Africa? Hasta el Africa entonces.

Entonces... Hoy está hecha la unidad civil de España. ¿Que está hecha? ¡Ojalá! Otra unidad podrá estar hecha, ¿pero la civil? ¡La civil, no! Y unidad civil es lo mismo que civilidad. Sólo la civilidad une. Un poder civil, verdaderamente civil, constitucional, podría emprender la unificación de lo que no unificó con sus "grandes empresas" y "raros ejemplos" el Rey Católico por excelencia, el enemiguísimo de la paz y de la fe. No de la creencia, sino de la fe humana, de la confianza. Pero para unificar aquí, para civilizar, hay que dejar la obra de Marruecos. Ni sirven piadosas crueldades. Y hay que emprender la obra de la justicia en casa.

Y ya que andamos con Maquiavelo a vueltas, traigamos a cuenta la "regla general que jamás falla" (capítulo XXIII) y es "que un príncipe, el cual no sea sabio por sí mismo, no puede ser bien aconsejado si acaso no se remitiese a uno sólo que del todo

le gobernase, que fuese hombre prudentísimo". (Maquiavelo no fué maurista; de haber conocido a Maura, le habría llamado "triste.") Maquiavelo predicaba contra la neutralidad en conflictos internacionales. (O mejor de entre Estados.)

Si asoma el separatismo aquí, es que hay que separarse de aquella empresa. La unidad no es más que civilidad. La unidad civil exige lucha civil. Y la lucha civil es lucha por la justicia. No sirve querer distraernos para que no innovemos.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES